

NOTAS DONOSTIARRAS



LA PESCA DEL BESUGO

Hasta frente á la Isla viene la embarcación empujada por el viento que infla la vela hasta formar una curva muy pronunciada.

Arriado el trapo, reman todos los tripulantes á compás, como con metrónomo, menos el patrón que empuña el timón y dirige.

Cuando la barca ha embocado la boca de la dársena, el patrón levanta el timón dejando á los remos la maniobra de virar.

No falta en la punta del muelle alguna persona que llamando por su nombre á alguno de los tripulantes le pregunta en bascuence.

—Cuánto?

—Tantas arrobas!—contesta el interpelado levantando la cabeza al tiempo que da una remada.

La calera entra en la dársena y se aproxima á una de las rampas donde ya esperan mujeres, chicos y grandes con banastas recién lavadas.

Ni un saludo, ni una palabra se cruzan entre los que vienen del mar y los que esperan en tierra, así venga la barca abarrotada de pesca ó así llegue vacía.

Recogidos los remos á lo largo de las bandas, la mayoría de los tripulantes levantan una cesta cubierta con una tela impermeable, ponen sobre ella un besugo y con la cesta en una mano y en la otra el aparejo, especie de balón, ó mejor peonza con la cuerda arrollada con el esmero que está hecho un ovillo de algodón, saltan á tierra uno á uno, siempre silenciosos, y marchan á sus casas cabizbajos haya sido la tarea fructífera ó estéril.

Entre tanto los tres ó cuatro que han quedado en la calera proce-

den á la descarga. Parece que abren en canal á un mónstruo en cuyo vientre hay gran cantidad de peces. En efecto, levantan las tablas del fondo y aparece la pesca en montón.

Los descargadores van sacando los besugos, uno en cada mano y siempre hundiéndoles el pulgar en un ojo. Cuando la banasta está llena es subida á tierra donde se completa la labor apretando los besugos de las últimas capas para que quepan más. Esta operación se realiza tirando el besugo con alguna violencia entre otros para que la fuerza á favor de la suavidad les haga comprimirse.

Nunca falta un grupo de curiosos presenciando esta operación que es entretenida y siempre suele haber otro grupo de mujeres que disputan á gritos como contraste del silencio inalterable que sigue reinando á bordo de la calera.

El chirriar de las cadenas de las grúas cuando elevan pesados cuerpos para desembarcarlos, es menos estrepitoso y penetrante que la voz que emiten esas mujeres cuyos pulmones competirían en fuerza con las fraguas de Luzuriaga.

Y ¡luego! parece que las dan cuerda y se descompone la máquina, porque vociferan sin interrupción ni para tomar alientos, resultando de su disputa un conjunto que haría bueno al *harmonium* que compuso aquel norteamericano colocando siete gatos en un cepo de otros tantos agujeros y arrancando de cada felino una nota con un tirón del rabo.

La descarga termina, aunque la calera traiga cien arrobas de besugo; comienza el baldeo con todo su juego de *chucaderas* y escobones manejados en prodigiosos molinetes, y sigue la disputa enardecida con la presencia de nuevas combatientes.

Y sigue también el contraste impuesto como ley de la naturaleza.

Los hombres, mudos, en la embarcación, oyendo indiferentes la gritería que ni siquiera les interesa ni les molesta.

Y las mujeres en tierra inactivas al parecer, pero ejercitando sus cuerdas vocales y sus pulmones con un vocerío inaplacable que atruena el espacio y apaga el chirrido de las cadenas de las grúas, el martilleo de los desembaladores de la carga depositada en el muelle y hasta los toques de sirena del vapor que sale.... huyendo tal vez despavorido de aquella batahola femenina.

ANGEL MARÍA CASTELL.

